

VIAJES.

Con el título de **DOS AÑOS EN RUSIA**, va á terminarse pronto en Valencia, una obra escrita por D. AGUSTIN MENDIA á la vista de las Memorias y manuscritos originales del General D. JUAN VAN-HALEN. De esta obra —nuevamente redactada y considerablemente aumentada— se han hecho antes diez ediciones en Londres, Holanda, Alemania, Bélgica, Paris y otros puntos. El siguiente artículo está sacado de la obra que anunciamos.

Baños.—Georgianas.—Casamientos.—Funerales.

El rio Kur que corre por entre rocas escarpadas atraviesa á Tiflis. La moderna ciudad se estiende sobre las alturas de la derecha de este rio, siguiendo á la antigua, edificada en forma de anfiteatro á la falda de una colina donde se eleva un viejo castillo. Los arrabales cubren la izquierda del rio; el uno se llama Awla-bórie, y el otro Irni. Por entre ambos lados del rio se vé un número considerable de huertos, que realzan y alegran el horizonte desde que comienza la primavera. La policia urbana de Tiflis hacia los mayores esfuerzos para renovar la ciudad antigua, é igualar sus calles y casas á la moderna. Los armenios, especulando en ello, secundaban con actividad las miras del gobierno. El rio Kur separa la ciudad de Tiflis de estos vastos arrabales. Sus baños minerales, que son la causa, como queda dicho, á que debe este pueblo su fundacion, se hallan situados al pie de la colina del extremo oriental de la ciudad sobre el camino que conduce á las provincias del Mediodia.

El agua brota hirviendo al través de las rocas donde se han establecido los referidos baños; sus efectos son extraordinariamente eficaces para los reumatismos y cierta clase de heridas; sirviendo en gran manera para el aseo de los moradores, y, en especial, para el antiguo régimen metódico de las georgianas.

Estos baños, cuya temperatura llega desde los doce hasta los cincuenta grados de Reamur, són, tanto por aseo, como por curiosidad, la primera visita que hace todo viagero al llegar á Tiflis; el cual comienza tomándolos á doce grados, porque de los treinta para arriba, la fuerza del olor sulfúreo los hace desagradables.

Están abiertos al público noche y dia toda la semana, menos el sábado, cuyo dia generalmente pasan en él las georgianas.

Repartidos en diversas pilas con escaleras practicadas en la misma roca al nivel del piso de las grutas, y al pie de los grifos por donde se comunica el agua con su nacimiento, están subdivididos en tres ó cuatro departamentos de diferente temple, con uno exterior destinado para recibir á los que van á bañarse, y en el cual hay unos entarimados cubiertos de tapices, donde se coloca la ropa para entrar desahogados en los otros aposentos. Todos ellos consisten en diversas grutas, de las cuales una sola recibe escasa luz por una lumbrera estrecha, abierta en la cúspide de la bóveda, que es toda de ladrillos, al estilo árabe. El baño de los hombres está servido por cierto número de tártaros acostumbrados á aquel minucioso trabajo.

El extranjero al entrar por primera vez en aquellos baños, cree representar el

papel de un neófito, que va á iniciarse en los misterios egipcios; uno de los tártaros que se hallan á la entrada de la primera bóveda obscura, conduce al que llega á las referidas tarimas; otro tártaro, que se encuentra á la puerta de la segunda bóveda, en la cual ya se recibe desde luego el baño de vapor, producido por el que escalan las aguas desde el interior, está completamente en cueros, con la cabeza rapada como todos los musulmanes, y la barba en consonancia con su velludo y hercúleo cuerpo. Al llegar á la boca del baño, toda la escena se reduce á gestos y señas á la débil luz de alguna lámpara, y, en verdad, este es el único modo de entenderse con aquellos hombres.

La primera señal es la de entrar en el baño; apenas se han pasado dos minutos, aquel hércules coje de la mano al neófito, le saca y le tiende á lo largo boca arriba en una tarima de madera, del largo y ancho necesario para el cuerpo, y comienza una operacion curiosa. Con efecto, estruja el cuerpo dándole vueltas como si manejase una esponja, y frotando fuertemente sus coyunturas; cuando principia la traspiracion, y parece el cuerpo mas flexible, le vuelve á hacer entrar en el agua: al cabo de cinco ó mas minutos, á voluntad del que recibe el baño, sale y le tiende del mismo modo que la vez primera en la misma tarima; en seguida con un guante peludo de lana y un jabon odorífero muy bien preparado, frota y cubre todo el cuerpo, hasta que satisfecho de la operacion, le sienta en el entarimado y empieza á arrojarle por la cabeza repetidos cubos de aquella misma agua del baño; vuélvele tercera vez á él, y un instante despues le hace salir, cúbrele de lienzos, y vá alejándole gradualmente de aquella atmósfera, hasta que le conduce al parage donde dejó su ropa. La presencia de varias personas inmediatas á una de aquellas bóvedas, colocadas cada cual en diferente postura, la vista de aquellos tártaros desnudos ocupados en frotarles y comprimirles, causan un singular efecto al que no está familiarizado con semejante maniobra. Una vez vestido, se abriga uno lo posible para salir á la calle, y dos horas despues se nota una mejoría extraordinaria, que dá cierto aire de prodigio á dicha operacion.

El sábado se despejan los baños de toda aquella concurrencia, quedando el campo completamente franco á las georgianas, especialmente las de alta clase. Conviénese en que anteriormente pasaban estas mugeres veinticuatro horas encerradas en el fondo de aquellas bóvedas, pero en la actualidad este recreo se ha limitado á ciertas horas del dia, al cabo de las cuales, suelen apostarse disimuladamente los curiosos en las casas inmediatas para verlas salir sin incomodarlas.

Tendidas las georgianas sobre los tapices que se hacen llevar al parage donde están las tarimas, se untan los cabellos con una pomada particular, compuesta por ellas mismas; de esta suerte, una georgiana, por mucha que sea su edad, consigue tener cabellera negra. Jóvenes y ancianas se pintan y barnizan el rostro y las uñas de amarillo, blanco y rojo; se martirizan para juntar las cejas ó poblar de ellas su entrecejo, circunstancias todas necesarias para hacer el tocador al estilo del pais. Terminado el baño, que es en la misma forma que el de los hombres, y concluidos sus estravagantes tintes, se entregan al sueño. Al despertar se hacen servir un refresco de las mejores frutas, y con esto finaliza el baño de las georgianas.

Hasta hace muy poco tiempo, acostumbraban á cubrir su rostro, como todas las mugeres orientales, con un velo blanco mas ó menos espeso; pero en el dia está tan reformada esta costumbre, que si bien desearían continuar ocultándolo á la vista de cualquier extraño, solo usan del velo cuando van de camino. En este caso las georgianas, que nunca viajan sino á caballo, montadas como los hombres, pre-

cedidas de un mozo ó corredor armado de un baston, que camina á su lado á pie, van generalmente vestidas de blanco; por manera, que al verlas con su velo, su ancho pantalon, túnica y manto todo del mismo color, cualquiera las tomaria por vestales. Al dia siguiente del baño, esto es, el domingo, se reunen las familias por la tarde, entregándose durante toda ella y por la noche á bailar unas con otras de dos en dos al son del tamborete, del pandero, y alguna rara vez del arpa. Sus contorsiones y sus actitudes son tan lascivas, que podrian pasar por escandalosas, si bailaran con hombres.

Las georgianas son mas ó menos hermosas, segun las provincias; las que corresponden mejor al gran renombre de que gozan, son las mas inmediatas al Cáucaso, en donde la naturaleza parece haberse esmerado en repartir á manos llenas sus dones; tal es la preciosa belleza de sus moradores. Las mingrelianas son por el estilo de las circasianas y de las tchetchenskas.

Segun los que las han tratado con familiaridad, las georgianas, dotadas de una imaginacion viva y escaltada, son susceptibles de pasiones vehementes; como muchos de sus defectos dependen de la educacion, y esta se ha mejorado considerablemente, es inútil señalarlos. Son sumamente afectadas en todos los actos de sus antiguas y ridiculas etiquetas. Entre las georgianas son raras las mugeres públicas; tambien son muy poco comunes los casos de adulterio. En la clase vulgar se encuentran con mucha facilidad padres que entregan á su hija por una limitada dote á cualquiera que la solicita para vivir con ella libre é independientemente: esto se practica, sin embargo, con intervencion de la policia de Tiflis, con lo cual se evitan ciertos abusos, y especialmente el abandono de los inocentes que resultan de tales consorcios. Los georgianos en general, no tienen escrúpulo en contraer matrimonio con una joven que haya tenido relaciones de esta naturaleza; una vez poseedor de ella y de la dote, comienzan los celos, pasion mas dominante en ellos que en los europeos: sin embargo, rara vez sucede un accidente de esos tan comunes entre nosotros. Las georgianas, ya sea como amantes ó como esposas, cualesquiera que sean la edad y figura de su compañero, viven tan entregadas á él, que se tiene por muy válida la opinion de que ni por su imaginacion pasa jamás la idea de la menor infidelidad; tal es el horror con que la miran.

Cuidan ellas del compañero en todo lo relativo al servicio doméstico con tanto esmero, como si la suerte de ambos estuviese unida para siempre. Desde el acto del depósito no intervienen en nada los padres, ni vuelven á verlas sino se les consiente, hasta que les llaman para que las recojan. Tales pactos son no solo tolerados, sino por una sana razon protegidos en cierto modo por el gobierno, escepto solo en los acantonamientos, en donde la mas leve negligencia sobre este punto, alteraría la diciplina de los regimientos.

Una vez cansado ó disgustado el amigo de su compañera, la entrega á sus padres; y si al asociarla declaró que entregaria los hijos á la inclusa, mediante una garantía pecuniaria, en que interviene tambien la policia, estas criaturas, desde el momento en que nacen, son declaradas hijos del gobierno, que les educa y dá carrera á su antojo.

La boda georgiana, aunque en sus formas religiosas es igual á la de los rusos, tiene, sin embargo, algunas circunstancias mas estrañas que las que cierto amigo hizo presenciar á Van-Halen en San Petersburgo: hablamos de las bodas de la nobleza georgiana.

En este pais los casamientos son siempre de conveniencia entre las familias, y

rara vez efecto de pasión ó aprecio mútuo. Acostumbraban á casarse muy jóvenes, porque estaba ya desde la cuna contratado su enlace con los parientes, apresurándose á verificarlo desde el momento en que las naturalezas están aptas, para eludir de esta suerte los infelices padres el pagar la remesa que estaban obligados á hacer á los mahometanos los tzares de georgia. Anteriormente era de rigurosa etiqueta el que no se conociesen los contrayentes: esta circunstancia se ha ido reformando con la nueva educacion; sin embargo, existe la ceremonia con todo el apego que conservan los pueblos á sus antiguos usos. Verificase esta en la Iglesia griega de la misma manera que en Rusia; pero la novia se presenta en el templo cubierta con un espeso velo, lo cual aumenta la natural ansiedad del novio por ver el semblante de la que, en forma de fantasma, le alarga la mano. Conducidos á la casa de los parientes, en medio de los continuos tiros que se disparan al aire, costumbre habitual en toda fiesta georgiana, la novia, siempre cubierto su rostro, pero ostentando sus adornos de schales y pedrerías, mas ó menos ricos, segun su clase y la dote, es colocada al lado de su futuro en medio de la sala, á cuyo alrededor van tomando asiento todos los circunstantes. Mantienen los novios en esta posicion sin comer, beber ni articular palabra alguna por espacio de muchas horas. Al ver la estraña postura del novio, propia de un santo de altar, diríase que está intercediendo al cielo por la suerte que le aguarda.

Al cabo de esta larga penitencia, acércanse los padrinos á la novia, y la levantan el velo; fácil es concebir las variadas impresiones que debe producir en ambos este acto: se abrazan los novios, y empiezan las pasiones donde acaba la etiqueta.

Aunque todo entierro georgiano es muy semejante al de los rusos, en cuanto á las ceremonias prescritas por el rito griego, no lo es asi por lo que respecta al duelo, el cual es una irrision que debe citarse, porque caracteriza los aspavientos y zalamerías de las mugeres georgianas.

En los primeros dias del regreso de Van-Halen á Tiflis, falleció el general, comandante de la artillería del ejército, Ahuerdoff, natural de la Georgia, y casado con una apreciable señora rusa, cuya casa era de las que mas frecuentaba nuestro compatriota. Aun no habia presenciado ningun entierro griego de clase tan elevada; precisábase la amistad á aceptar el convite; así que, acudió al entierro, y se presentó á la hora designada en la casa de la afligida familia. El general Ahuerdoff, que habia muerto en lo mejor de su edad, de resultas de una larga enfermedad, se hallaba de cuerpo presente. Los oficiales mas íntimos del difunto llevaban los cordones del manto, y la ceremonia militar era la misma que se acostumbra en semejantes casos en Europa, con la sola diferencia, que detras del féretro marchaba á pie la enlutada esposa del general, rodeada de sus hijos; primer martirio inútil: llegado el acompañamiento á la Iglesia, y colocado el cadaver en el catafalco, que se elevaba en medio de ella, condujeron á la desgraciada señora al pie de los escalones de dicho catafalco, para que durante el largo *requiem* griego, estuviese dando el espectáculo mas amargo: pero aun no era esto todo. La costumbre religiosa de la comunión griega exige todavia mayor sacrificio, sacrificio que encontramos atróz, si la muger ha de ser algo mas que simple compañera del marido. Concluido el *requiem*, conducen á la esposa é hijos por aquellas gradas arriba, á que den el último adios á aquel miserable despojo. «Parecióme tan horrible esta escena, dice Van-Halen en sus memorias, que juré no volver en mi vida á ningun entierro griego: por mas misterios y alegorias que represente este acto, tengo para mi que es sobrado antirreligioso, porque la religion debe consolar mas bien que afligir.....»

El caballo del difunto precede al féretro, con la silla y los estribos vueltos, ó como dicen los franceses, *à rebours*: los parientes llevan sus armas con mucha veneracion, y la familia del difunto cierra la marcha exhalando á cada instante mil gritos de desconsuelo. Estas mugeres quedan prosternadas en la iglesia por espacio de muchas horas sobre el féretro del difunto: enterrado el cadáver, vuelve á casa la comitiva; entonces se retiran los hombres, y las mugeres, sentadas en el suelo alrededor de la viuda, guardan el mas profundo silencio: la que presume de mas elocuente, la mas etiquetera, cita, de intervalo en intervalo, alguna de las buenas cualidades que adornaban al difunto; á esta fúnebre oracion sucede el mas estrepitoso llanto (fingido ó verdadero): la esposa, de grado ó por fuerza, se araña el rostro con sus largas y pintadas uñas, se mesa los cabellos, y hace cuanto cabe para desfigurarse. Repitese esta ceremonia diariamente durante seis semanas, lo cual es una verdadera cuarentena de dolor. ¡Cuantos artificios no se emplearán para un llorar tan largo y pantomimico! Pero es uso, y de los mas dificiles de desarraigarse, y es fuerza someterse á él.

En algunas de las provincias no cristianas del Cáucaso, sucede idénticamente lo mismo; pero alli no es extraño que sean tan largas las plegarias, y aun es probable sean mas verdaderas, porque la muger se vé privada de entregarse ya jamas á hombre alguno, so pena de la ecsecracion universal: he ahí una costumbre mas tiránica.

A ELISA, abandonada por un CUALQUIERA.

ROMANCE.

Elisa, enjuga tu llanto,
concede trégua á tus ansias,
que si hoy un hombre te deja
cien te buscarán mañana.

Poco ó nada con él pierdes,
con Dios bendito se vaya,
pues de necios y de amantes
siempre hubo cosecha larga.

Ya sé, ya sé que el mancebo
tiene figura gallarda,
los negros ojos rasgados,
breve el pié, la mano blanca.

Pero todo su atractivo
de admiracion no me embarga,
porque bien considerado
mas tiene cualquiera estatua.

Y, vive Dios, que me pesa
que desperdicies tus lágrimas

por quien -siendo estatua viva-
no podrá nunca apreciarlas.

Ya sé, ya sé que á su boca
nunca faltaron palabras,
y que en amor y en política
suele vencer quien mas habla.

Mas yo -con perdon sea dicho-
opino por la contraria:
mas vale un amante mudo
que mil amantes-urracas.

Mirate, pues, al espejo,
y recoge esa guirnalda
de flores, que en tu arrebató
arrojaste despechada.

Trenza el brillante cabello,
el pié monísimo calza;
y la mantilla española
echando en la airosa espalda,

Verás como á los fulgores
de tus ardientes miradas,
no queda una mariposa
que no se queme las alas.

A quien te diga: -«Te ¡quiero!»
respóndele: -«Muchas gracias;
eso me dice mi madre,
y mi madre no me engaña.”

A quien te enamore en verso
despídele en prosa llana,
que pasión en consonantes
pasión es muy rebuscada.

A quien desgaste las piedras
de tu calle, paseándola,
no le mires, pues de cierto
la ley de vagos le alcanza.

A quien sufra con paciencia
en diciembre las escarchas,
y en agosto los calores
á la reja de tu casa,

No le hagas caso.... por simple;
pues ninguna ley nos manda
que cazemos pulmonías
ó que nos pesquen tercianas.

Si te dan algún billete,
recíbelo... y santas pascuas;
pues no hay daño en tal recibo
ni peligros en tal dádiva.

Pero si exigen respuesta
procura siempre aplazarla,
que en el comercio de amores
mas vale *cargo* que *data*.

¡Aun lloras, paloma mía!
¡Aun rueda una perla clara
por tu megilla, que roba
su bello color á el alba!

Pues no aguardes á ese ingrato,
no vendrá... ni Dios le traiga:
¡cuántos, como él, me recuerdan
estas verdades amargas!

-Dijo la zorra al busto
después de olerlo:

«tu cabeza es hermosa,
pero sin seso:”

-Como este hay muchos,
que aunque parecen hombres
sólo son bustos.”

Olvidale para siempre

si has entendido la fábula;
olvidale, y, con el tiempo,
verás que, perdiendo, ganas.

Que la belleza del cuerpo
cuando vale poco el alma,
es como prado sin flores,
es como fuente sin agua.

No se te vayan los ojos
tras las apariencias vanas
de los vanos oropeles
con que algunos se engalanan.

Que bajo hermosas cortezas
frutos amargos se guardan,
y lo que mucho promete
á veces suele ser nada.

Muchos te amarán, Elisa;
¿quien que te ha visto no te ama?
pero ¿cuántos amar saben
del mundo en la escena falsa?

Te dirán que eres divina,
como la azucena cándida,
que va la dicha contigo,
que miel tus acentos manan;

Que eres serafín celeste,
con unos ojos que matan,
con un..... *etcétera*; ¡necios
los que esa elocuencia gastan!

La pasión que es verdadera,
aquella pasión que arranca
hondos gemidos al pecho
en la noche solitaria;

Aquella pasión sublime
que nos seduce y que abrasa,
que es antídoto y veneno,
que desespera y alhaga;

Que muere con Abelardo
de un claustro en la horrible calma,
que sucumbe en el desierto
con la existencia de Atala....

Esa pasión no se explica
en ningún idioma ni habla;
solo comprenden sus frases
las almas privilegiadas.

Tal es el amor, Elisa;
así, no flores mudanzas
de esas pobres criaturas
que por el mundo se arrastran.

Tú del cielo recibiste

con la perfeccion humana,
un vivo rayo del fuego
con que los ángeles aman.

¡Oh! y bien mereces que un hombre

digno de tí á tus pies caiga,
uno, en cuya noble frente
la luz de los genios arda.

Ventura Ruiz Aguilera.

LEANDRITA.

(Conclusion)

1842.

El 13 de abril de este año me fue preciso volver de D... á N... A la una de la tarde subí al mismo carruaje de 1834. Debo advertir que en el trascurso de los años comprendidos entre las dos fechas marcadas en esta memoria, hice varias veces el viaje de uno á otro de los referidos puntos, y en el que realicé el 13 de abril indicado tuvo lugar lo que voy á poner en conocimiento de mis lectores.

En aquel carruaje tan descompuesto como siempre, y al cuidado del mismo conductor, y no sé si llevado de las mismas mulas, pues esta vez ni un solo grito, ni un solo latigazo dirigió aquel á los que nos conducian, vi sentada frente á mí á una muger por única compañera de viaje, y pensé tenerlo cómodo y alegre. Pero, aburriame una cosa, y era, que aquella muger tenia su rostro cubierto con un pañuelo de color oscuro, y la cabeza inclinada de modo, que no era posible distinguir el corte de sus ojos, ni el perfil de sus labios, ni cosa alguna de aquel semblante, que bien podria ser encantador, pero que tambien podria ser aterrador.

Es violento no saber si lo que uno tiene cerca de sí es bueno ó malo, especialmente para viajar se prefiere la buena compañía, y desde luego es buena compañía una muger hermosa.

Mas de dos leguas anduvo el carruaje sin que mi tapada digera una sola palabra: suspiros, sí, salian algunos de sus lábios; eran prolongados, como de fatiga, y observaba yo que el pecho se la alzaba al despedirlos, y que algunas veces seguía á este movimiento un ligero temblor en los brazos. Mas callaba, y merced á su obstinado silencio, pude dormir una razonable siesta, no siendo, por otra parte, muy ecisigente mi deseo de ver y de saber mas de lo que veia y sabia. Estábamos pagados: ni ella procuró verme á mí cuando tomé asiento en el carruaje, ni yo puse por obra ninguna de esas estratagemas que fácilmente proporcionan conocer á los que de incógnito están á nuestro lado en un recinto estrecho y que se mueve.

Dormí, pues, y al despertarme pedí fuego al conductor para encender mi pipa, y comenzamos á hablar, de lo que generalmente se habla en los caminos, de ventas y de campos. Algun tiempo hacía ya que matábamos así el fastidio, que, por mi parte, era ya mucho, cuando aquella muger, repentinamente, aparta á un lado el pañuelo que cubria su semblante, y fija en los míos dos ojos ávidos y dislocados. Alguna extrañeza me causó tan brusca mirada, y quise suavizar con una sonrisa lo duro de

aquel reconocimiento por parte de una vieja, porque era una vieja la que de tal modo me miraba.

—Es V., ó me engaño? es V., caballero? me dijo.

—Por quién me tiene V.? la pregunté.

—Es V. el mismo que en la mañana del 5 de mayo de 1834 venia en este mismo carruaje?

—Tiene V. una memoria feliz.....

—Sí, muy feliz; y V. se acordará de que aquí venia, aquí, entre nosotros dos, en ese sitio que ahora ocupa este pobre lio de ropa, una niña que llevaba una rosa sobre el pecho...

—Sí; seguramente: me acuerdo bien. Leandrita, no es verdad?

—Ella, ella, señor: Leandrita.

Y aquella muger se estremeció, y con sus dedos hechos garfios me apretaba la mano. Me pareció adivinar el por qué del dolor que mostraba en todo su ser aquella anciana. Vi el lio de ropa puesto á su lado, y tambien me estremecí, preguntándome yo mismo: sin duda es eso lo que de Leandrita queda? Y como si aquella muger hubiera adivinado mi pensamiento, me dijo:

—Leandrita....? sabe V., caballero, que ya no vive?

—No vive! como....!

Suspiró: pasó una mano por su frente: el conductor dió á su fisonomía una expresion de dolor tal, que se abultaron sus pronunciadas facciones, quedando entreabierta la boca, y algo cerrados los ojos. Pintábanse así en él la curiosidad y la estrañeza, pues tampoco habia reconocido á la infeliz, y las últimas palabras iban despertando en su memoria algunos recuerdos.

—Ha muerto Leandrita, prosiguió la anciana. Hoy son cumplidos 22 dias... 22 dias hace que la enterré en Orán.... Y se puso á mirar como una imbécil el camino.

Despues volviéndose hacia mí, continuó:

—No le dije á V. que sentia aquel viaje como pudiera sentir la muerte?

Nada la contesté, y siguió:

—Ah! una madre, una madre rara vez se engaña cuando se trata de sus hijos. Ya una sabe que los hijos solo están bien, nada tienen que temer, en los brazos de su madre; y al separarlos de ellos, todo asusta. Y mi memoria!... Me acuerdo bien; cuando Leandrita principiaba á andar, nunca me parecia bastante llano el suelo, bastante firme la tierra. Despues he visto que aquellos temores nada eran en comparacion de otros. Cómo he padecido.!

Contraíanse los lábios de la desventurada madre, aspirando el aire exterior, que pronto volvia á salir, inflamado, arrojado con ímpetu y con ruido.

—Cómo ha sido, cómo ha sido? quiero saberlo todo, dije, tratando de fijar las ideas, de aquella casi demente.

—Sí, lo contaré todo, porque llorará V. al saberlo: ya lo conozco yo; yo no he llorado hace 14 dias, y deseo llorar tambien.

—Pero V., es su madre?

Hicela esta pregunta porque me costaba trabajo reconocer en ella las facciones, nada notables, pero frescas y agraciadas, de la muger que en 1834 ocultaba á Leandrita bajo su pañuelo. Ella me miraba, y volví á preguntarla:

—Es V. su madre?

—No me conoce V. bien! no lo estraño. Mis cabellos eran negros cuando V. me vió: ahora están blancos como la escarcha: entonces era yo otra: no tenia estas

arrugas, ni estaba ennegrecida como ahora: y todo esto es obra de dos años, señor, de dos años.... no mas.... óigame V., óigame V.

El 5 de mayo de 1834, despues de haberse despedido V. de los que aqui veníamos, fui con Leandrita y mi marido á tomar el pasaporte para Orán. Temblé al ver tal papel en nuestras manos. Otras familias lo tomaron tambien entonces, y á las siete de la noche del mismo dia nos embarcamos en un mal madero, que nos echó sobre aquella aborrecida tierra á los tres dias de navegacion: porque fué desgraciada esa navegacion: el mar, primero en calma muchas horas, se enfureció despues, y cien veces nos vimos en peligro de morir ahogados.

Dios no lo quiso: alabado sea: él dispone de todo.... para mayores penas me reservaba.

En Orán nos fuimos por lo pronto á vivir con una familia de aquí, de nuestro pueblo, en un cuartucho malo, incómodo y sucio. Seis dias estuvimos allí, al cabo de los cuales encontramos otra habitacion mas agradable.

Se pasaban los meses sin que viésemos asomos de felicidad: mi marido comenzaba á aburrirse, y para engañar su mal humor se iba con otros amigos suyos á la taberna y á las casas de juego. Yo lavaba ropa, planchaba y cosía: las ocupaciones de Leandrita eran otras, proporcionadas á su edad, siempre á mi lado, porque por ella vivia yo, y por ella lo hacia todo.

Así corrieron tres años, tres años de miseria, de tanta miseria, que un millon de veces fué el pan solo nuestro almuerzo, comida y cena.

Recuerdo otra cosa. Algunas veces al partir el pedazo que destinaba para Leandrita no sé qué ideas me asaltaban, pero se me ponian llorosos los ojos, y al fin caian mis lágrimas sobre el pan, y la pobre Leandrita comía aquel pan con el que iba todo el amor, y todo el dolor de su madre.

Así corrieron tres años, y mas....

Un dia, el dia 8 de junio de 1838, volvió á casa mi marido con un caballero frances, segun me dijo, y eso parecia por su habla y por su traje. Me enteré de que aquel señor iba á vivir en nuestra casa, y mi marido me aseguró, al oído, que ya no seríamos pobres. A la mañana siguiente nos mudamos á otra habitacion bien amueblada, cerca del mar: mi marido compró una porcion de cosas, y me daba todas las noches dinero para el gasto del siguiente dia. Yo extrañaba todo aquello, pero á las muchas preguntas que hacia solo se me contestaba que el caballero era un comerciante de fortuna, que nos daba parte en sus negocios por servicios que bien se le podian hacer sin compromiso.

Aun que esto no era bastante para mi tranquilidad, la tenía porque nunca vi á aquel hombre hacer un alhago á Leandrita, y los regalos que la daba al volver de algun viaje de los muchos que hacia á Gibraltar y á Marsella, se los daba delante de mí, sin mostrar preferirla en nada, pues casi iguales cosas me regalaba á mí. Perfidia que Dios perdone!

Y entonces Leandrita era.... no, no: no diré á V. cómo era entonces mi hija: lo diré despues, cuando cuente lo que llegó á ser.... baste que V. sepa, que todas la respetaban y la amaban; porque era un jazmin, en pureza, y una rosa, en hermosura. Habian convenido todos en llamarla la *reine des fleurs*, y para mí era mas que la reina de las flores.

Llegó una noche del mes de setiembre de 1840, y me dijo aquel señor que á la mañana del otro dia se marchaba otra vez á Gibraltar, y que su viaje seria mas largo que los anteriores. Mi marido, que debía acompañarle, me llamó aparte y me dijo:

—Petra, mañana nos vamos, y Leandrita se viene con nosotros.

—Qué dices? le pregunté sobresaltada.

—Que Leandrita se viene mañana con nosotros.

Un golpe de martillo que me hubiesen dado en la frente, no me habria causado dolor tan grande. No puedo contar á V. ahora palabra por palabra la conversacion que tuve entonces con el padre de mi hija: solo diré á V. que llegué á resistirme á su determinacion, y que él se encolerizó mucho. Callamos.

—Toma, exclamó por fin, arrojándome un bolso con dinero: para tí. Lo que se ha hecho, es aquí una costumbre y nada mas.

El ruido de aquel dinero conmovió mi corazon, que dió un salto, y en seguida latió sin parar. Una idea me vino á la memoria: esa costumbre.... ¡ay! Leandrita con ellos! mi hija!... Supliqué, lloré, amenacé: oro por mi hija!.. por un pedazo de mi corazon!

—No te desesperes, añadió mi marido. No podemos vivir pobres: mis paisanos se burlarian de mí.

—Pues bien, dejemos á Orán....

—Y á donde iremos! locura. Lo hecho, hecho.

Al decir esto iba á dejarme: yo hice ademán de salir primero, con el ánimo de escapar con mi hija; pero él mandándome no dar un paso, y resistiéndole yo, me maltrató cruelmente, arrojándome al suelo sin sentido.

A pocos instantes volví en mí, y echéme fuera precipitadamente llamando á mi hija. Encontré á su padre escribiendo un papel, que luego firmó el francés....

—Oyeme, óigame V. tambien, dije á los dos. Consiento en lo que se hace, consiento; pero que no se aparte de mí Leandrita: por mis lágrimas, por mis suspiros, concédanme VV. lo que ruego.

—Eso depende de la voluntad del Señor, dijo mi marido.

—He fijado mi residencia en Argel, contestó el otro.

—Entonces, no hablemos mas, replicó mi marido: caballero, vamos al buque.

—Si, vamos al buque todos, repetí: viviremos todos en Argel.

—Eso es imposible, repuso mi esposo: yo debo tener mi casa aquí.

Llamó á Leandrita y la mandó seguirles.

Ella me miraba, y desesperada yo, me lancé á sus brazos, y la apreté contra mi pecho, gritando que no me la robarian sin asesinarme primero. Mi marido juró, y con sus manos que eran tenazas, me estrujó los brazos de modo, que tuve que ceder mi presa por el dolor que sentia. Desfallecida cai al suelo... al recobrar mis sentidos me hallé sola, encerrada. Sola: yo, la madre de la jóven mas linda de Orán, estaba sola, sin mi querida hija!... Para qué los pasados tormentos, para qué tantas lágrimas derramadas?

No diré á V. mis continuos pesares en un año seguido. Lloraba sin cesar por mi hija, y ni su padre venia.

El 8 de enero de este mismo año, llaman á la puerta de mi casa, abro y una muger se arroja á mi cuello, y me besa con delirio. Mi hija, mi hija.... La vi, la miraba mucho, y veía que era Leandrita, pero no la que me robaron.

Cuando marchó era alta, derecha, gallarda: cuando volvió, estaba encorvada, casi sin accion. Su rostro, antes envidia de todos, lo traia pálido con dos surcos azules al rededor de sus ojos, de sus ojos que habian sido dos pedazos del sol. Delgada, muy delgada, parecia un esqueleto; y una continua tos la conmovia toda.

La reina de las flores, volvía como una hoja seca. Solo quedaba de sus encantos la cabellera de oro, y una mirada que todavia me consolaba.

Me la devolvían, porque la despreciaban.... estaba enferma, señor: pobre hija mía! un veneno la devoraba; una enfermedad, que había penetrado hasta dentro de sus huesos, consumía, sin ceder á ningún remedio, á la criatura que tan hermosa había sido. Volvió.... para morir en los brazos que la recibieron al nacer.

Un día volvió también mi marido: nada me habló de su tan largo viaje: vivía como quería.

Yo, sola para mi pobre hija, la cuidaba, pero eran inútiles mis cuidados: se me moría. Pasaba ella las noches despierta, sentada en su cama, porque no podía estar de otra manera: la hacía yo compañía siempre, siempre: los vecinos, pobres como nosotros, solo podían también acompañarla.... y en mis brazos murió.... aquí.... así.... dándome un beso, y encargándome que diga á Margarita que no deje su pueblo, y sobre todo, que no vaya á Oran.

Y aquel beso, y aquellas palabras resuenan todavía en mi mejilla y en mis oídos, y siento su impresión aun, porque sus labios quemaban, y su voz era penetrante... Murió.... y al día siguiente la enterré como pude.... ocho días después me dijeron que mi marido había sido asesinado.... y todo eso, todo eso, señor, que ya vé V. que es bastante, me tiene así, perdida, loca.

El conductor lloraba, y hube de decir á Petra, que no lloraba, pero que se mordía los labios y se oprimía la frente con sus manos:

—Tranquílicese V.

—Señor, eso no es posible: han asesinado á mi hija: todavía ignora V. como la asesinaron; ¡ay! ignórela V., no importa; V. habrá comprendido bien.... el vicio destruye á la virtud, y como á la virtud, que está en el alma, á la vida, que está en el cuerpo.

Leandrita volvió con su alma, pura, santa por el sufrimiento; pero volvió, enferma porque muchos la maltrataron, porque en el mundo nadie guarda lo que ambiciona antes de poseerlo, y lo desprecia, y lo abandona; y á un abandono se sigue otro, hasta la perdición.

Ya no habló más la desolada madre.

Cuando llegamos á N.... acompañé á Petra á su casa, llevando yo bajo el brazo el miserable lio de ropa que había pertenecido á Leandrita. La casa de Petra en N.... es la de una tía suya, decrepita y pobre, y allí fui á verla varias veces. Siempre lloraba, y se espresaba cada vez con más precisión, y con más energía: el dolor nos dá elocuencia.

Pobre Leandrita! me acuerdo bien de ella: algunas jóvenes de su mismo pueblo han de acordarse todavía de cuando jugaban con ella. Id, las que aun permanecéis ahí, corred á escuchar á la anciana Petra: que os cuente los pesares de su hija: llorad con ella, y no vayais á Oran, no vayais.... y no vayas tú, Margarita, que ese es el encargo que á la puerta de la tumba hizo á su madre la misera Leandrita.

Juan Vila y Blanco

Cuatro palabras más á los Sres. Redactores de este periódico.

La anterior novelita, novela por la composición, historia en el fondo, hace tiempo que está escrita. Ignoro si actualmente es la misma en número y en interés la emigración de los desgraciados en su suelo natal, á esas otras playas de Africa. Me mueve á decir esto, el deseo de no cometer anacronismos en perjuicio ó demé-

rito de estos ó de aquellos dias. Tal vez se haya remediado el mal; tal vez no sea oportuna la indicacion, por ser ya inútil: en este caso lo aplaudiré, como es justo.
De VV. etc.

Vila y Blanco.

PLEGARIA.

Al renacer una esperanza bella
Que el triste corazon con fé guardaba;
Al extinguirse del dolor la huella
Que nuestra pura frente marchitaba;
Al divisar de celestial ventura
El rostro peregrino,
Y aterrado esconder su faz impura
El pérfido destino;
Justo es, señor, que mi plegaria ardiente
De tierna gratitud cual nunca henchida
Suba á tu trono, y con placer se ostente
Con tu apoyo y bondad enaltecida.

Atomo leve que arrojaste al mundo
Con el solo poder de tu mirada,
Vime sujeta al padecer profundo
Y á luchar con mi suerte condenada:
La lucha me aterró; y en mi inocencia
Esquivé su semblante;
Y maldije el horror de una ecsistencia
Que juzgaba brillante;
El prisma de mis sueños engañoso
Huyó para dejarme llanto amargo;
Y ansiosa de quietud no hallé reposo
Sino sumida en funeral letargo.

Tal vez porque admirase tu grandeza
Me diste un corazon apasionado,
Que amase la poética belleza
Del monte y valle ó del florido prado;
Tal vez por esto el peregrino númen
Del inmortal Homero,
Cuyo nombre los siglos no consumen,
Me diste placentero:
Tal vez por esto la mentida gloria
Con que el mundo nos brinda me mostraste,
Y el porvenir que guardará la historia
Delante de mis ojos presentaste.

Yo lo ignoro, Señor, pero mi pecho

Amó désque gocé la luz del dia,
Y el orbe fué para mi amor estrecho,
Que limites mi afecto no tenía.
Amé del sol la esplendorosa llama
Que de alegría innunda,
Como el ave feliz la blanda llama
Que su prole circunda:
Amo la brisa que á la flor aduerme
Con dulce y melancólico suspiro,
Y amo al tranquilo mar si manso duerme,
Gigante colosal que siempre admiro.

Y el arrullo de tórtola amorosa,
Y del torrente el retumbar sonoro,
El eco de cascada bulliciosa,
De la risueña aurora el carro de oro;
El manto de la noche que tachonan
Refulgentes luceros,
Y á la luna vivisimos coronan
Con rayos echiceros;
Los elevados montes que diadema
Presentan siempre de apiñada nieve,
Y manifiestan tu altitud suprema
Siendo para tus pies alfombra leve;

Cuanto tu mano colocó en el suelo
Otro tanto adoré de gozo llena;
Y disfruté de un plácido consuelo
Que templar pudo mi doliente pena.
¡Consuelo celestial! A sus dulzuras
Forjé gratas visiones,
Y traté de olvidar mis amarguras
Y crudas decepciones:
Pensé que mi ecsistencia solitaria
Pasaría tranquila y sin dolores,
Ignorada cual linda pasionaria
Que se esconde modesta entre las flores.

Mas ¡ay! era ilusion este deseo,
Pues el ardiente corazon que abrigó

Buscó en el dulce amor suave recreo,
Y encontró en el amor un enemigo.
Llorosa entonces, ajitada, presa
De mil dudas atroces,
Vi convertirse en humo y en pavesa
Mis anhelados goces:
Las blandas esperanzas se ausentaron,
Los ensueños de gloria de mi huyeron,
Las crueles zozobras me ostigaron,
Los días de mi vida tristes fueron.

Y cual arroyo que azulado y manso
Retratando la esfera en sus cristales,
Convida en sus orillas al descanso
Prestando treguas á enconados males;
Si zumba el huracan se precipita
Cual torrente espumoso,
Y cada choque su violencia escita
Y ruje quejumbroso,
Saltando sin cesar la dura roca,
Inundando de pronto la campiña,
Señales dando de su furia loca
Sin que nunca á su limite se ciña;

Así yo, pobre niña candorosa,

A quien feliz hacía una sonrisa,
Perdí la paz con mi ignorancia hermosa
Y amar con frenesí fue mi divisa.
Batallé con ardor: firmes á veces
Mis puras ilusiones,
Daban muriendo á mi quebranto creces
Y aumento á mis pasiones:
El caliz del dolor gota por gota
Apuré con cruel desconfianza,
Hasta que tu poder, que dó quier brota,
Me volvió nuevamente la esperanza.

Y esa esperanza que en mi pecho eciste,
Esa es la que hace que en ferviente ruego
A tí que en mi horfandad piedad tuviste
Muestre el afán de un corazón de fuego.
Tú ya sabes cual és: sabes, Dios mío,
Que es mi vida ó mi muerte:
Dá con tu apoyo á mi flaqueza brio
Tú que eres santo y fuerte:
Deja que libre de profunda angustia
Logre la dicha que ambiciono tanto,
Y erguida mostraré mi frente mustia
Elevando hasta tí sublime canto.

Amalia Fenollosa.

¡CHIS! ¡CHAS!

La entrada y salida del correo, es uno, ó por mejor decir son dos acontecimientos tan ordinarios que, por esta misma circunstancia, parece que están destinados á pasar desapercibidos siempre, sin que nadie les dedique un solo pensamiento. Y sin embargo: ¡á cuántas ideas tristes y alegres, blancas y negras no se prestan la entrada y la salida de los correos!

Una balija, puede ser la caja de Pandora que, destapada, derrame sobre el mundo todo linage de males; la mano de la Providencia que, abierta, haga descender sobre las cabezas de las criaturas abundante lluvia de felicidades, ó, en fin, las dos cosas á la vez.

El inocente, y por lo general poco lucido rocinante, que traslada de un punto á otro la correspondencia pública, es mas desgraciado que el *Atlante* de la mitología, pues ademas del cielo está condenado á llevar el infierno sobre sus costillas.

Nadie repara en el sonoro chasquido del látigo que restalla el conductor al entrar ó al salir de una poblacion, y, no obstante, en el eco de ese chasquido oímos nosotros algo mas que un ruido cualquiera, que un sonido vago é insignificante.

¿Sabeis, amados lectores, lo que quiere decir el ¡chis! ¡chas! del correo que

entra? ¿podrá vuestra mirada, por penetrante que sea, atravesar el duro cuero de la balija y el sobre no tan duro de las cartas, y descorrer el velo de los misterios allí encerrados, muchos de los cuales serán dentro de poco sabroso alimento de las conversaciones públicas y privadas? No, no sabéis lo que quiere decir el ¡chis! ¡chas!: no, no descorreréis el velo de esos misterios; ni nosotros tampoco, ni el administrador de correos, ni las autoridades. Para eso es preciso que el conductor se haya apeado antes del animalito que, por lo angosto y escurrido, suele parecerse á mas de una ley electoral, y por lo meditabundo y cabizbajo á mas de un amante deshauciado por la señora de sus pensamientos; para eso es preciso, que se haya tirado al suelo la balija, como se tira un mueble inútil; para eso es preciso, por último, abrir el candado, levantar la tapa de la balija, sacar la correspondencia y escojer carta por carta, papel por papel, paquete por paquete, y distribuirlos entre aquellas personas á quienes vengán dirigidos.

En tanto que esto se verifica, veamos por un momento si podemos adivinar la significacion del restallido del látigo.

¡Chis! ¡Chas! Querido F: No sé como decirte que anoche murió tu padre, etc.

¡Chis! ¡Chas! Apreciable N: Me cabe la satisfaccion de anunciarte que hoy ha dado á luz tu esposa, con toda felicidad, el chiquillo decimonono, etc.

¡Chis! ¡Chas! Me alegraré que al recibo de este *anónimo* te encuentres sin un maravedí, para que te sea mas sensible el disgusto que tengo la humorada de proporcionarte.

¡Chis! ¡Chas! Prospecto: *El Oso*. Con este nombre vá á salir un periódico político, cuyo principal objeto es tratar de que los partidos de España no hagan lo que indica el título de esta publicacion, etc.

¡Chis! ¡Chas! Amado L: Tu primo Pepe ha conseguido para tí la colocacion que solicitabas: apresúrate á darle las gracias, y no te olvides de su muger, tu linda prima, quien me consta que se ha *acercado* varias veces al Gefé de la Oficina, habiendo convenido los dos, el Gefé y ella, en que eres un guapo chico.

¡Chis! ¡Chas! Estimado S: Los campos presentan el aspecto mas hermoso que se puede imaginar. Si el tiempo sigue así, sucederá... *esto, lo otro y lo demas allá*.

¡Chis! ¡Chas! EL M... PERIODICO DEL MEDIO DIA. Una gran revolucion acaba de estallar en donde menos podia temerse; verdad es que como en la actualidad suceden cosas *que colgadas parecen bolsas* etc.

¡Chis! ¡Chas! EL C... PERIODICO VERAZ DEL CREPUSCULO MATUTINO. Ya no hay un faccioso en Hungría. Las tropas imperiales les han pegado una soba que á toditos les han dejado patitiosos. Los periódicos que digan lo contrario, no saben lo que se pescan, etc.

¡Chis! ¡chas! Amigo J: Las cosas de este pais son como ellas solas; sabrás que, al fin, se ha mamado la escuela de primeras letras un mozo que fué alcalde el año pasado, y que á la hora de esta aun no sabe leer ni escribir.

¡Chis! ¡chas! Encantadora Dorotea: El prolongado abismo acuático que separa nuestros dos amantísimos corazones, es maldecido por mi blasfema boca todas las alboradas. El Dios Morfeo no me visita durante el reinado caliginoso del nocturno astro, y paso las eternas noches de mi desventura derramando líquidas perlas, como el pichoncito sensible que se ve ausente de su idolatrada consorte, etc.

¡Habremos descifrado algunos de los enigmas que propone el terrible látigo á la penetracion del hombre pensador? Tal vez sí, acaso no. ¡Dios, y quizas algun conductor,

son los únicos seres que saben leer en los corazones y en las balijas cerradas.

Lo que desde luego podemos asegurar es, que muchas esperanzas van á quedar frustradas; que muchos deseos van á quedar satisfechos; que va á haber lágrimas y risas; malas y buenas noticias, en una palabra. ¡Qué invencion tan excelente y tan detestable la del correo! Invencion excelente para aquel que ve por él que le ha caído en suerte el *premio grande*; invencion detestable para aquel que ve por él que le ha caído un número de los mas bajos en el sorteo que se ha efectuado en su pueblo para el reemplazo de este año.

¿Veis ese anciano militar que se pasea á lo largo del muelle, y que lleva pintadas en su rostro la alegría mas espresiva, y la cumplida satisfacion en que rebosa su pecho? Las balas, que no suelen gastar cumplimientos, le respetaron en cien acciones de guerra: tiene sesenta años de edad y treinta y cinco de servicios; es hombre que sabe por principios su obligacion, y, no obstante, no es mas que capitán; él se tiene la culpa, es verdad, pues á haberse pronunciado cuatro veces ya seria capitán general. —¿Porqué está contento? nos preguntareis.— Porque espera un ascenso; se lo ha prometido una persona de muchos perendengues, y no le engañará.— ¡Infeliz! A uno que se hallaba en igual caso, le separaron dias pasados, sin que hasta la presente se haya podido averiguar la causa. ¡Quien sabe si el fatídico *¡chis! ¡chas!* que ahora suena, significará que nos le dejan en situacion de reemplazo, que es como si dijéramos *en situacion de difunto*, de mas que de difunto, de... *mómia*!

¿Conoceis á esotro mozo, de chaqueta parda, de zapatos *polacras*, de gorro encarnado de lana, y de semblante curtido por el sol y el aire? No le conocereis; pues nosotros si. Oid su historia. Tiene veintiocho años, se llama Juan, es hijo de su padre, no gana lo preciso para alimentar á su dilatada familia, compuesta de su muger, cuatro muchachos y él; está acosado de deudas, y, segun se ha explicado en ocasiones, el día menos pensado se tira de cabeza al mar, remedio *casero* que muchos buscan para sus males. Pero ¿no puede resultarle un *tio en Indias*? ¿No puede venirle una herencia, sin saber como ni cuando? Puede y no puede: pronto saldremos de dudas, porque el *¡chis! ¡chas!* ha sonado. Hoy nadie hace caso del hombre del gorro encarnado, ni se le acercan, ni le hablan, ni le saludan: mañana quizas se desdeñe él de acercarse, de hablar y de saludar á las gentes mas encompetadas. ¡Vueltas de la fortuna! *¡Chis, chas!* de un látigo!

No menos reflexiones acuden á nuestra mente, cuando vemos partir al correo. La repleta balija es el archivo de mil esperanzas que se realizarán ó no, cuando las cartas lleguen ó no lleguen á manos de los interesados. Siempre que escribimos una carta recordamos lo que sucedió en Francia en cierta época, y casi estamos por imitar aquel ejemplo. Sucedió, pues, en Francia cuando el destierro de los Parlamentos por el canciller Maupeou, que la violacion del secreto de la correspondencia fue tan pública y desvergonzada, que los negociantes de Roan determinaron no cerrar sus cartas con obleas, sino *con alfileres*. ¡Dios nos libre de que en España haya que cerrar las cartas con alfileres! Cierto es que ni ha llegado, ni es probable que llegue ese caso; pero cierto es asimismo que, si en España no hay violacion, hay cartas perdidas, tan *perdidas* como las mugeres públicas, y sino que lo diga *el Clamor*, y sino que responda *el Popular*, y el etc. etc.

La balija que sale, se lleva pedacitos de corazones enamorados, protestas de amistades verdaderas y fingidas, noticias de especulaciones mercantiles que pe-

gan ó no pegan, quejas de padres á hijos, peticiones de hijos á padres; ¡quien calculará lo que se lleva la balija que sale!

El ¡chis! ¡chas! del correo que sale tiene para nosotros una armonía imitativa singular, lo mismo que el ¡chis! ¡chas! del correo que entra. Parecenos, abstraídos como nos hallamos entonces, percibir el eco sordo de un torrente aprisionado en un dique. Y, en efecto, el torrente es la correspondencia; el dique es la balija: cuando se abra el dique se desbordará la correspondencia, que irá á repartirse por diversas y multiplicadas localidades. Ese torrente distribuirá en los puntos por donde pase los beneficios del saber, de la moralidad, del patriotismo, de la civilización, de la caridad; al propio tiempo que depositará aquí una semilla de discordia, allá un germen de corrupcion; aquí el origen de un odio, allá el fin de una ilusion risueña.

¡Chis chas! Avanza, conductor. ¡Chis chas! Corre, vuela, si puedes; clava un cuchillo en el hjar de ese torpe rocin; con vosotros va el perdon de un reo de muerte, que ahora mismo, en este instante está á los pies del confesor; pero no llegareis, no llegareis á tiempo. ¡Ah! para llevar el perdon de un reo de muerte no sirve un pobre diablo montado sobre un rocin; debería llevarlo un ángel montado sobre un rayo.

¡Chis! ¡chas! No avances, conductor; tira de la rienda á ese rocin que parece un águila; con vosotros va la noticia de la bancarrota de un poderoso comerciante; pero si llegareis, si llegareis. ¡Ah! para comunicar tan fatal nueva seria mejor que no un hombre montado sobre un águila, un escarabajo montado sobre un cangrejo.

Cada ¡chis! ¡chas! del correo que va y del correo que viene es una entrega de una obra de filosofia agri-dulce, que se publica por la voz de un látigo en medio de las calles á varias horas del dia, sin que haya un oyente que en ello pare la atencion.

¡Dios salve á nuestros amables suscritores de todos los ¡chis! ¡chas! de mal agüero

Ventura Ruiz Aguilera.

ARCO-IRIS.

—Nuestros amigos los S. S. *Hartzenbusch, Asquerinos, Retes, Santana, Tenorio, Estrella y Gutierrez de la Vega*, honrarán tambien con sus brillantes producciones á LOS HIJOS DE EVA.

—En la sesion régia celebrada en el Liceo artístico y literario de Madrid, se puso en escena una comedia original de nuestra colaboradora, la señorita Doña *Carolina Coronado*, titulada *El Cuadro de la Esperanza*, que fué recibida con singular aceptacion por la escogida concurrencia que llenaba el magnifico salon de Villa-hermosa.